

quienes se ven en ellos representados. No renuncian del todo esas obras a los valores plásticos.

Ha llovido desde los primeros pasteles, tímidos aún, hasta estas obras de ahora que exhiben una madurez cercana a su total plenitud. Podría decirse de Cuenca Muñoz lo que de ciertos actores de facultades generosas: que trabajan *sobreactuados*. O sea, superando más de lo necesario sus facultades innatas.

Los retratos, en efecto, de este pintor andaluz —mejor todavía, cordobés—, son de un barroquismo monumentalista. Todo en ellos deviene pretexto de un retoricismo pictórico en volutas e hinchamiento cobrizos, en materias preciosas, encajes, terciopelos y superficies joyantes que, con frecuencia, ahogan al tema de la composición.

En los paisajes —viejas casas de Andalucía, muros antañones, plazas con arcadas en donde se celebran *capeas* y festejos populares, monumentos de un pasado lleno de esplendor—, en los paisajes, digo, consigue efectos de mucha poesía pictórica, de gracia y de sensibilidad. Tal vez sea este el camino por el que vaya a la salvación estética (Círculo Español).

<https://doi.org/10.29393/At353-354-26EMAR10260>

EDUARDO MILLAS O DE LA MODESTIA

Eduardo Millas es un pintor que se ha formado —o que se forma— ajeno a todo aprendizaje o docencia. Es eso que llaman un autodidacto o un *peintre de dimanche*. Trabaja Millas en labores burocráticas y en sus ratos de ocio se entrega a emular a Zeuxis o a Apeles.

Es paisajista.

Gusta Eduardo Millas de pedir a la naturaleza su secreto y este secreto —un secreto de belleza— lo pone en el lienzo.

Notamos en esa actividad más pasión que acierto, un ansia de comunión con los espectáculos de la primavera florida o con los atardeceres autumnales y neblinosos.

Tal vez sea pronto para comprender el grado de calidad que pueda lograr una vocación tan honda, tan entrañablemente sentida. Porque —fuerza es decirlo— la esquivia pintura no se domina sólo con vocación.

Es indispensable algo más. Es indispensable conocer las leyes inexorables del color, el juego de sus relaciones. No es menos indispensable tomar el dibujo para que éste, dócil a nuestra mano y a nuestra pupila, aprehenda el contorno de las cosas, su perfil, su arabesco definidor.

Se necesitan muchas cosas más que por ahora no posee Eduardo Millas. Su color tiene a veces frescura y limpidez. Pero el conjunto de cosas que ignora parece superior al volumen de cosas que conoce (Sala Libertad).

SALON OFICIAL 1954

La apertura de cada nuevo certamen de los que periódicamente organiza la Facultad de Bellas Artes se realiza bajo el signo de los mismos interrogantes. ¿Es peor que el anterior? ¿Representa este conjunto los rasgos peculiares de la pintura chilena?

Preguntas en cierto modo inútiles. Inútiles aun cuando no desprovistas de un legítimo afán crítico.

No sería difícil dar a cada una de ellas una respuesta provisional. Digámoslas.

El Salón 1954 nos parece superior en resultados a los tres últimos celebrados. El Salón no representa *toda* la pintura nacional, ni es una síntesis de las corrientes más generales. Esto es obvio. Faltaron muchos nombres.

Importa más que ello el hecho de confirmarse un fenómeno que en los Salones anteriores apuntaba discretamente. Existe sin duda un núcleo de artistas que mantienen un estilo unificado, un modo de hacer marcado por rasgos que sin perder la característica